

PORFIRIO DIAZ EN LA FRONTERA TEXANA, 1875-1877

Richard Blaine McCORNACK

A PROPÓSITO DE los acontecimientos de 1876, que llevaron a Porfirio Díaz a la silla presidencial, los historiadores suelen acusarlo de que, en la invasión de Tamaulipas y la toma de varias ciudades de ese Estado, Matamoros sobre todo, recibió ayuda y auxilios de parte de las autoridades norteamericanas en distintos puntos de la frontera, a lo largo del río Bravo. El objeto de este artículo es examinar y justipreciar las pruebas de esa ayuda, a base de documentos conservados en los archivos de los Departamentos de Guerra, de Marina y de Estado, de Washington.

I

EN 1875 LA FRONTERA de Texas y México era una zona sumamente inquieta. El gobierno central casi no daba apoyo a las autoridades de Tamaulipas, relativamente impotentes para someter a las bandas de forajidos que de continuo cruzaban el Bravo y caían sobre las numerosas vacadas que pacían en los potreros sin cercas del lado texano. Asimismo, a lo largo de los puntos más alejados del río, los comanches solían hacer incursiones rápidas en los ranchos de Texas, y luego se escurrían hacia las fortalezas montañosas de Coahuila y Chihuahua, donde se mofaban de cuantos esfuerzos hacían las autoridades mexicanas y norteamericanas por castigarlos. Refiriéndose a estas condiciones, el cónsul de Estados Unidos en Matamoros comentaba en 1872: "La autoridad del gobierno general, en el mejor de los casos, apenas se siente o se obedece en esta frontera, donde, por lo mismo, se dan cita los descontentos de varios otros Estados de la República, muchos de los cuales reciben protección y refugio

de parte de las autoridades de los Estados fronterizos, lo cual va contra el gobierno nacional, demasiado débil para imponer la obediencia o el respeto.”¹ Tan exigua era la autoridad del gobierno central en las zonas fronterizas, que el Departamento de Estado, en Washington, tomó muy en serio los rumores de que en el México septentrional pudiera crearse una “República de la Sierra Madre”, cuya capital sería Monterrey.²

Al otro lado de la frontera, los texanos no estaban satisfechos con la protección que les daban las fuerzas federales, a pesar de que Washington mantenía en la frontera dos regimientos de fuerzas regulares: el 8º de Caballería y el 24º de Infantería. Estos regimientos, que patrullaban la zona, tenían su base en una serie de fuertes y cuarteles diseminados por las márgenes del río Bravo. Entre éstos, los principales eran el Brown (Brownsville), el McIntosh (Laredo), Fort Clark (Brackettville), Fort Duncan (Eagle Pass) y Ringgold Barracks (Rio Grande City). El general Edward O. C. Ord, dueño de una sobresaliente hoja de servicios por su actuación en la Guerra Civil, tomó el mando del departamento militar de Texas en abril de 1875, y ya en su primer informe al Departamento de Guerra daba cuenta de que gran número de soldados mexicanos estaban desertando en masa y refugiándose en Texas.³ Muchos de estos hombres, sin duda, fueron a engrosar más tarde las filas del ejército de Díaz.

Además de las tropas regulares acuarteladas en Texas, los mismos texanos mantenían en la frontera una compañía de caballería para ayudar a capturar a los ladrones de ganado. Como se verá más adelante, estas tropas no obedecían las sutilezas de la ley internacional tan fielmente como las tropas regulares, y más de una vez trabaron combates con los mexicanos, lo cual, por supuesto, no les era lícito a las tropas federales.

No tardaría en aparecer en la frontera otro elemento de las fuerzas regulares norteamericanas. Pensando que el problema de las incursiones hechas a través de un elemento líquido incumbía más propiamente a la Armada, en octubre

de 1875 se envió a la frontera un cañonero, el *USS Rio Bravo*.⁴ Su sola presencia causó una ola de agitación, lo cual nos ilustra mucho sobre las condiciones de inquietud que reinaban en la frontera durante esos días. El cónsul norteamericano en Matamoros estaba convencido de que el comandante del *Rio Bravo*, en connivencia con algunos texanos, tenía un bien estudiado plan para provocar un incidente que debería culminar en una guerra y en la ocupación del Norte de México por los Estados Unidos. Según los informes del cónsul Wilson, cierto número de texanos cruzarían el río, y desde el lado mexicano harían fuego sobre el *Rio Bravo* cuando éste llevara a cabo su primer viaje de vigilancia aguas arriba; el comandante del *Rio Bravo* desembarcaría entonces a sus marineros en suelo mexicano para vengar el insulto a la bandera y precipitar así el conflicto. Wilson pedía al Secretario de Estado que inmediatamente se enviara a una persona responsable para investigar la situación.⁵

Por fortuna, el *Rio Bravo* necesitó ciertas reparaciones y el asunto se retrasó algunas semanas. El 8 de noviembre, listo ya el buque para su primer viaje, el cónsul telegrafió a Washington diciendo que, de no atenderse inmediatamente al asunto, el *Rio Bravo* llevaría a cabo sus designios.⁶ En Washington estaban ya sobre aviso gracias al primer despacho del cónsul, y le habían notificado por telégrafo que ya se ocupaban de la cuestión; cuando recibió el telegrama del 8 de noviembre, el Departamento de Estado se puso en movimiento e hizo que el Departamento de Marina cablegrafiera órdenes de que el barco permaneciera en Brownsville.⁷ Además, el Departamento de Marina envió a Brownsville a un funcionario para investigar el asunto sobre el terreno mismo. El funcionario encontró fundadas las acusaciones que se hacían al comandante del *Rio Bravo*, y éste fue destituido el 16 de noviembre.⁸

Apenas se había conjurado este peligro, cuando surgió otro mucho más serio, que pone de manifiesto, aún más, el ambiente de temor e inseguridad que prevalecía en la frontera, teatro inminente de la lucha de Porfirio Díaz por el

poder. Un día que el capitán Randlett, del 8º de Caballería, hacía su vigilancia por el río desde el rancho Las Cuevas, se encontró con la huella de doscientas cincuenta reses y la siguió hacia el Río Bravo. Allí vio Randlett que las reses iban nadando por el río y que del otro lado las estaban sacando. Randlett exigió a las autoridades mexicanas de Camargo que entregaran el ganado y los ladrones, amenazando con cruzar el río y cogerlos él mismo si al medio día no se le entregaban. Asimismo mandó traer refuerzos, los cuales llegaron rápidamente desde los cercanos puestos del ejército regular, y no tardó en reunirse con él la compañía formada con tropas del Estado de Texas. En vista de que los mexicanos no devolvían el ganado, las tropas texanas pasaron el río a la una de la mañana, y poco después se cruzaba un tiroteo entre ellos y los cuatrocientos soldados mexicanos de la guarnición de Camargo. Muy pronto los texanos se vieron en peligro de quedar cercados y hechos prisioneros.⁹ Posteriormente, el capitán Randlett informó que McNally, capitán de las tropas texanas, lo llamaba desde el otro lado del río diciéndole: "¡Randlett, por amor de Dios, venga a ayudarnos!"¹⁰ Entonces cuarenta hombres del 8º de Caballería recibieron órdenes de cruzar el río para ayudar a los texanos. Se gestaba así un incidente internacional de primera magnitud.

Cuando el coronel Potter, comandante de Fort Brown, tuvo noticias de esta acción temeraria, ordenó que las tropas regulares salieran del territorio mexicano.¹¹ El cónsul de Matamoros mantuvo al Departamento de Estado de Washington al tanto de la situación con una verdadera lluvia de telegramas, durante aquellas horas tensas en que las tropas regulares de ambas naciones se hallaban al borde de una guerra. Wilson dio instrucciones al agente comercial norteamericano de Camargo para que hablara con McNally instándolo a rendirse, con su gente, a las autoridades mexicanas. También se puso en contacto con el general De la Barra, encargado de la aduana de Matamoros, para tratar de hallar una solución. Al mismo tiempo, el coronel Potter parlamentaba con el coronel Cristo, comandante militar de Matamoros.

Gracias a los esfuerzos de las autoridades de Matamoros, las tropas mexicanas de Camargo permitieron que los texanos se retiraran sin sufrir mayores molestias.¹²

Una vez conjurado el peligro, el general Ord informó sobre el incidente al general Sherman, comandante general del ejército, recomendando que los Estados Unidos y México firmaran un acuerdo a fin de que los desertores de ambos ejércitos fueran devueltos al otro lado, pues, según él, eran éstos los culpables de los incidentes ocurridos en la frontera.¹³ Por su parte, los militares mexicanos se portaron juiciosamente al permitir que las tropas texanas salieran del embrollo sin que ocurriera mayor derramamiento de sangre. Cuando Remy, comandante del *Río Bravo*, se dirigió a los funcionarios mexicanos de Matamoros en relación con este asunto, se le mostró un telegrama en el cual el presidente Lerdo ordenaba la mayor precaución y prudencia.¹⁴ Después que McNally regresó con sus hombres al lado norteamericano, el juez federal en Matamoros recibió el encargo de llevar a cabo una investigación y presentar un informe.¹⁵ Aun cuando el interés por este incidente no tardó en desvanecerse, opacado por la revolución iniciada a través del río por Porfirio Díaz, el Congreso de los Estados Unidos, siempre sensible a la opinión pública en un año de elecciones, elaboró un decreto en el cual se aprobaba que las fuerzas de los Estados Unidos cruzaran el río y penetraran en México en persecución de los criminales y del ganado robado cuando los funcionarios mexicanos no pudieran o no quisieran ocuparse debidamente del asunto.¹⁶

II

SIN EMBARGO, la agitada frontera del Bravo sería muy pronto la escena de acontecimientos aún más sensacionales. También México iba a tener elecciones presidenciales. Los partidarios de Porfirio Díaz estaban convencidos de que Lerdo tramaba su reelección (lo cual les parecía ilegal) y de que su candidato no tendría la menor posibilidad de ganar una elección

controlada por los lerdistas. Así, pues, acudirían a las balas, ante la inutilidad de los votos.¹⁷

Porfirio Díaz ocupaba otra vez, en 1874, una curul de la Cámara de Diputados. El presidente Lerdo sabía que la presencia de Díaz en la Capital era un imán que atraía a sí a todos los descontentos en busca de la menor oportunidad para poner trabas al Jefe del Ejecutivo. A fin de quitar a Díaz de la escena, le ofreció por intermedio de una persona el puesto de embajador en Berlín. Pero Díaz rechazó lo que no era sino una forma cortés y honrosa de destierro¹⁸ y se retiró a su rancho de La Candelaria, en el Estado de Veracruz. Su proximidad a Tuxtepec y sus muchas visitas a ese distrito daban casi la certeza de que lo consultaban asiduamente los redactores del Plan de Tuxtepec, que finalmente fue proclamado en el pueblo de Ojintlán (distrito de Tuxtepec), el 10 de enero de 1876, por el coronel Sarmiento.¹⁹ Había empezado la revolución de Tuxtepec, que llevaría a Porfirio a su larga estancia en el palacio presidencial.

Sin embargo, Porfirio Díaz no estaba allí para presenciar el pronunciamiento del coronel Sarmiento y de sus secuaces. En los primeros días de diciembre se había embarcado en Veracruz rumbo a Nueva Orleans, junto con el general González; Díaz hizo difundir la noticia de que iba a los Estados Unidos para colocar a sus hijos en una escuela de Nueva York, aunque a nadie logró engañar. Si alguna duda había en cuanto a sus verdaderos propósitos, no tardó en disiparse cuando, en los primeros días del fatídico año de 1876, llegó a Brownsville, al otro lado de Matamoros, y alquiló allí una casa. Este suceso fue comunicado inmediatamente al Departamento de Estado por el cónsul de Matamoros:

La llegada del general Díaz a esta frontera, donde tiene un partido fuerte que se supone favorable a otra revolución, y el hecho de que resida en Brownsville, donde los jefes de su partido están en continuo contacto con él, ha causado considerable alarma entre los fieles al gobierno, tanto, que se han mandado traer varios cientos de soldados desde el interior para reforzar la guarnición de esta ciudad, y algunos regimientos han recibido órdenes de dirigirse a otros pueblos fronterizos.²⁰

Foster, ministro de los Estados Unidos en México, no fue tan oportuno como el cónsul de Matamoros para dar aviso de la llegada de Díaz a la frontera. El 2 de febrero informó a Washington que habían ocurrido en México varias revueltas aisladas, las cuales parecían inconexas al principio y posteriormente habían ido cuajando en torno al general Díaz. El *Diario Oficial* —continuaba Foster— ha dicho que el objeto de la partida de Díaz no es evidentemente una cuestión de negocios, y que sus movimientos despiertan sospechas.²¹ La noticia de la llegada de Díaz a Brownsville llegó por fin a oídos de Foster, y éste se apresuró a escribir a Washington comunicando sus sospechas de que lo que pretendía Díaz era lanzar un movimiento para derribar al gobierno. Y continuaba:

Este gobierno no me ha hecho indicaciones al respecto, pero yo me permito sugerir respetuosamente la necesidad de dirigir la atención de las autoridades de aquella localidad, militares o de otra índole, a la presencia de Díaz, y la conveniencia de velar por que no se violen las leyes de neutralidad.²²

No hay indicios de que el Departamento haya hecho algo respecto a esta sugestión; simplemente se acusó recibo.²³ Más aún: justamente cuando era mayor la tensión en la frontera a causa de la presencia de Díaz en Brownsville, el Departamento de Estado decidía enviar al mejor de sus funcionarios que tenía en la región, o sea al cónsul Wilson, en persecución de una quimera que lo tendría bien alejado de la escena de una inminente dificultad.

En efecto, el Departamento hizo saber a Wilson, en una instrucción fechada el 4 de enero, que la prensa mexicana hablaba de una compra de gran número de cabezas de ganado que el gobierno mexicano se preparaba a hacer en Monterrey. El Departamento dudaba de la veracidad del informe, pero expresaba temor de que, en caso de ser verdadero, ello fuera un incentivo para que los mexicanos consiguieran el ganado "ilegal o legalmente". En otras palabras, que ocasionaría una intensificación del robo de ganado en Texas. Como el gobierno de los Estados Unidos tenía que cerciorarse de los he-

chos, se le ordenaba a Wilson llevar a cabo una investigación cuidadosa y detallada a lo largo del río Bravo, en los puntos en que se solía hacer pasar el ganado de Texas a México, y proseguir la investigación hasta Monterrey si era preciso. Debía examinar las marcas del ganado que encontrara en México y, en caso de encontrar marcas texanas, debía tratar de descubrir si el ganado se había obtenido por compra o por robo.²⁴

Wilson recibió estas instrucciones el 15 de enero, e inmediatamente cablegrafió al Secretario de Estado pidiéndole que consiguiera del de Marina que pusiera a su disposición el *Río Bravo*, arguyendo que era peligroso hacer el viaje sin ninguna protección. La petición de Wilson fue escuchada, y el teniente Johnson, nombrado comandante del *Río Bravo* el 19 de enero, recibió órdenes de enterarse de las instrucciones del Departamento de Estado que obraban en poder del cónsul, y de atender a los deseos de éste.²⁵ Así, pues, en el preciso momento en que Porfirio Díaz colocaba en Brownsville las bases para su invasión del Norte de México, Wilson y Johnson, representantes de los Departamentos de Estado y Marina, recibían órdenes de alejarse de sus puestos, donde hubieran podido ejercer su vigilancia y poner, quizá, un poco de freno. Es explicable que alguien haya podido ver en estas maniobras un complot bien organizado, pero el estudio de los documentos nos hace ver que sólo se trata de una de esas coincidencias que con tanta frecuencia ocurren en la historia.

Wilson y el *Río Bravo* hicieron primero un viaje de reconocimiento aguas abajo, a lo largo de unos 65 kilómetros en dirección a la desembocadura, y no encontraron nada digno de notar. Washington recibió informes de que en seguida remontarían el río hasta Eagle Pass.²⁶ Y cuando, el 21 de marzo, pudo Wilson redactar un informe completo sobre su expedición, Díaz había iniciado ya la revolución. El 5 de febrero Wilson había embarcado en una lancha de vapor del *Río Bravo*, remontando la corriente hasta Rio Grande City. Aquí había dejado la lancha y continuado por tierra hasta Laredo; había regresado en seguida al lado mexicano, llegan-

do hasta Monterrey y Saltillo para volver finalmente a Matamoros el 20 de marzo. Decía en su informe que no se había atrevido a examinar las marcas del ganado que había visto, y que había creído innecesario pedir la ayuda de las autoridades mexicanas locales, muchas de las cuales eran partidarias del general Juan Cortina, cacique de la frontera, que a la sazón se hallaba en una cárcel de la ciudad de México en espera de que el gobierno lo procesara. Indicaba que todos los agentes comerciales de los Estados Unidos que había en la frontera (en Camargo, Mier, Guerrero y Nuevo Laredo) convenían con él en que, debido a esa ausencia de Cortina y a los métodos más vigorosos empleados por las fuerzas militares de los Estados Unidos, el robo de ganado en Texas había disminuido notablemente. Terminaba disculpándose por la brevedad de su informe, diciendo que en la frontera había grandes trastornos por la proyectada revolución del general Díaz.

De hecho, se habían producido ya algunos encuentros esporádicos entre las tropas federales y las bandas porfiristas que habían cruzado el río. Wilson se encontró con que los revolucionarios se habían apoderado de algunos caminos por los cuales debía pasar, y en uno o dos casos el tráfico se había interrumpido por completo, porque los alzados se habían llevado los caballos para los coches.²⁷ Poco antes, el comandante Johnson había informado al Departamento de Marina, en términos semejantes, que desde hacía unas semanas se habían producido choques entre pequeños grupos de insurgentes —a los cuales se consideraba porfiristas— y las fuerzas regulares de México. También informó que circulaban insistentes rumores de que Díaz intentaría cruzar el río y tomar Matamoros, pero añadiendo que el general permanecía en Brownsville y al parecer no tomaba parte activa en los acontecimientos.²⁸

Cuando los representantes de los Departamentos de Marina y de Estado se alejaron del lugar de los sucesos, la misión de mantener informadas a las autoridades de Washington sobre los movimientos de Díaz para iniciar su insurrección recayó en los representantes del ejército de los

Estados Unidos en la frontera. A fines de febrero, el coronel Cristo, comandante de Matamoros, informó al coronel Potter, comandante de Fort Brown, que, según noticias fidedignas, los rebeldes habían comprado armas y municiones y Porfirio Díaz y otros mexicanos las estaban concentrando en Brownsville con el propósito de iniciar una revolución en México. Cristo advertía a Potter que debía girar las órdenes que estimara pertinentes, pues le parecía sensato evitar los desastres que pudiera provocar tal situación.²⁰ Cuando el coronel Potter comunicó esto al general Ord, Ord le contestó sin titubeos: "Las fuerzas militares no pueden impedir que, en tiempos de paz, ciertos particulares compren armas. Su telegrama ha sido remitido a las autoridades competentes de Washington."²⁰

Este telegrama dio por resultado que se ordenara a las fuerzas militares de Fort Brown que no intervinieran, y que Díaz, en calidad de ciudadano particular, reuniera con toda libertad las armas con que iba a pertrechar a sus hombres. Es interesante notar que la copia del telegrama remitido a Washington a través de los conductos militares está endosado por los generales Sheridan y Sherman, pero sin comentario alguno; se mandó a los archivos de la Ayudantía General del Ejército sin que tuviera mayores consecuencias.³¹

La fase texana de la revolución de Tuxtepec principió el 2 de marzo de 1876. En las primeras horas de ese día, Porfirio ordenó a la vanguardia de sus fuerzas que cruzara el río. Con el intento de flanquear Matamoros, se lanzó el primer ataque contra Reynosa, que fue tomada fácilmente. Gran número de refugiados buscaron asilo del lado norteamericano del río.³² Al día siguiente se informó que los insurgentes habían salido de Reynosa hacia Camargo, llevando consigo a 16 de los 20 hombres que formaban la guarnición, y que el comandante se había refugiado en Edinburg.³³ El coronel Cristo se apresuró a enviar un mensaje al coronel Potter para decirle que, según informes fidedignos, bajo el mando de Miguel de la Peña, residente en Brownsville, se había organizado en los Estados Unidos una fuerza que había tomado Reynosa. Cristo se lamentaba de que esas fuerzas se hubieran

formado en un país con el cual México mantenía las más cordiales relaciones. Consideraba su deber informar al coronel Potter que continuarían organizándose tales expediciones y que "el Jefe" esperaba cierta cantidad de armas, enviadas a bordo del próximo vapor desde "Brashead".³⁴ Potter pedía instrucciones a Ord; dudaba de que muchas personas del lado norteamericano del río se hubieran sumado a la expedición; los generales Díaz y González, decía, estaban aún en Brownsville.³⁵ Ord se sirvió de los conductos militares usuales para decir al general Sheridan que Potter deseaba recibir instrucciones; Sheridan turnó el asunto al general Sherman, preguntándole si convenía decir a Ord que interviniera. Sherman contestó inmediatamente:

La cortesía internacional exige que impidamos la formación y organización de cuerpos armados de mexicanos y que evitemos que nuestra propia gente cruce la frontera. Debe mandarse a Ord que evite hasta donde sea posible tal organización; pero no puede impedir que los particulares pasen uno por uno.³⁶

Por supuesto, el coronel Potter concedió escasa atención al mensaje en que el coronel Cristo se lamentaba ante el comandante norteamericano de Fort Brown de los embarques de armas destinados a Díaz. En una carta personal dirigida al general Ord, Potter afirma haberle dicho a Cristo que ésa no era harina de su costal mientras el gobierno de los Estados Unidos no le ordenara intervenir. Asimismo, resta valor a las aprensiones de Cristo, pues, como le dice a Ord, Díaz y González se hallan aún en Brownsville y son "unos caballeros muy reposados", a los cuales apenas se ve por las calles.³⁷

Mientras tanto, el gobierno de Washington comenzaba a darse cuenta, con la lentitud habitual, de que en suelo norteamericano estaba en vías de organización un movimiento contra el gobierno de México. El 9 de marzo, el Secretario de Estado mandó a los Secretarios de Marina y de Guerra una carta en que les decía:

En vista de la información recibida a través del Departamento de Guerra y otras fuentes con respecto a la tentativa de provocar una revolución en México, y en especial en la zona contigua a la

frontera texana, he recibido instrucciones del Presidente para que pida que se trasmita una orden por telégrafo y por escrito a los funcionarios militares de ese cuartel, instándolos a no tolerar ninguna expedición armada que parta desde este lado del río Grande ni ninguna organización que tenga tal propósito; que, de ser necesario, se proporcione ayuda militar para salvaguardar el respeto a la neutralidad de los Estados Unidos; que se arreste a los transgresores para que se les siga juicio de acuerdo con la ley, y que a los hombres armados que crucen la frontera desde México hacia el lado americano se les detenga inmediatamente, se les desarme y envíe bajo arresto a algún lugar en el interior del país.³⁸

El Departamento de Guerra se apresuró a enviar al lugar de los hechos órdenes de este tenor. Es evidente que el general Sherman pidió que se reconsiderara el asunto de la detención de los mexicanos; una vez que el presidente Grant y el gabinete hubieron estudiado la petición, dieron órdenes a Sherman para que los prisioneros sólo fueran desarmados y en seguida se les dejara en libertad, "excepto aquellos que usted o el general Ord consideren conveniente retener, por ser los más peligrosos, para que se les siga juicio en el tribunal de Distrito".³⁹ Que se sepa, ni el general Díaz ni ninguno de sus partidarios fue jamás conducido a juicio por violar la neutralidad de los Estados Unidos.

En la frontera, la revolución iba cobrando fuerza. A pesar de que el 7 de marzo había dicho Potter que González era un "caballero muy reposado" que residía en Brownsville, a los tres días tuvo que informar que el coronel Devin, comandante de Ringgold Barracks, le había participado que el general González se hallaba en Camargo con doscientos hombres, al mando de los revolucionarios, y que cuatrocientos alzados habían salido de Reynosa. El coronel Potter insistía, sin embargo, en que la organización de la partida revolucionaria no se había realizado en suelo de los Estados Unidos.⁴⁰ A media noche del mismo 10 de marzo, Potter tuvo noticia de que una partida de revolucionarios estaba a punto de cruzar el río desde México; a las dos de la mañana se dirigió hacia el río, con un grupo de soldados de caballería. Encontró los restos de un campamento de unos setenta y cinco hombres, que huyeron entre los chapa-

rrales cuando él se aproximaba, abandonando su almuerzo a medio preparar. El general Ord supo el 13 de marzo, por conducto del mayor Clendenin, comandante de Fort McIntosh, que del lado norteamericano se preparaba un movimiento para ayudar a los revolucionarios. Se habían pedido a Corpus Christi 5,000 fusiles y 28,000 cartucheras, y Clendenin solicitaba el envío de más soldados para cumplir con las instrucciones e impedir que las armas llegaran a México. Se supo que a las 3 p.m. de aquel día había caído Nuevo Laredo en manos de los porfiristas y que éstos estaban haciendo proclamas en favor de Porfirio Díaz. El general De la Barra, procediendo de acuerdo con instrucciones directas del presidente Lerdo, tomó entonces el mando de toda la línea del río Bravo.⁴¹

El 14 de marzo informó Clendenin que Pedro Arreola estaba al mando de los revolucionarios de Nuevo Laredo y que había lanzado una proclama en favor de Díaz. Al alcalde y al ayuntamiento se les exigió que suscribieran los manifiestos de adhesión a Díaz y, como ellos se negaran, se les intimó a pasar al lado norteamericano en un plazo de cinco horas. Arreola afirmaba estar actuando en calidad de agente personal de Díaz, aunque ninguna de las proclamas llevaba la firma de don Porfirio. Más abajo de Fort McIntosh había gente armada que cruzaba el río por los vados para unirse al movimiento revolucionario, y Clendenin pedía más fuerzas de caballería para patrullar la zona. Ord dio instrucciones para que otra compañía —la H, del 8º de Caballería— reforzara la guarnición de Fort McIntosh, y pidió al general Sheridan “fondos, forraje, etcétera”.⁴²

Los movimientos de los porfiristas a lo largo de la línea Reynosa-Camargo-Nuevo Laredo apenas eran el principio de la gran campaña que Díaz iba a lanzar en la frontera del Norte. Matamoros, clave de la frontera, era la presa que buscaba.

III

DESPUÉS DE TOMAR los pueblos de la parte alta del río, los revolucionarios iban acercándose a Matamoros. El 20 de marzo

informaba el coronel Potter que habían acampado a unos cuantos kilómetros de la ciudad. Ese día, el general De la Barra envió a un funcionario a Fort Brown para pedir a Potter que prestara al gobierno mexicano 500 libras de pólvora para cañón. Potter dijo que no, y su negativa recibió la aprobación del general Ord.⁴³ Rechazado por el ejército de los Estados Unidos, el general De la Barra pensó en la Marina norteamericana, cuyo representante en la región, el *USS Rio Bravo*, acababa de regresar, después de haber llevado al cónsul Wilson en su viaje de inspección. De la Barra encontró al comandante Johnson mucho más inclinado a ayudarle y, tras una escaramuza epistolar, Johnson le hizo entrega de 160 libras de pólvora de cañón, que era todo lo que tenía.

Como De la Barra pedía además otras armas y municiones, Johnson giró esa petición por telégrafo al Departamento de Marina de Washington afirmando que, a su juicio, Matamoros podría quedar en poder de las fuerzas del gobierno, con lo cual éstas estarían en condiciones de proteger a los extranjeros residentes en la ciudad contra los insurgentes.⁴⁴ Así, pues, el único material de guerra proporcionado por una dependencia oficial de los Estados Unidos a una de las facciones contendientes en México consistió en 160 libras de pólvora de cañón, que la Marina dio al general lerdistista que comandaba la línea del río Bravo.

Debe también señalarse que esta ayuda puso de manifiesto una curiosa discrepancia de intereses, pues las fuerzas navales norteamericanas de la región simpatizaban con el gobierno lerdistista, mientras que el ejército se mostró tan indiferente, que de hecho ayudó a los porfiristas, cuyos depósitos de armas en los Estados Unidos quedaron intactos. Es difícil probar esta aseveración, pero cuando se leen todos los documentos salta a la vista ese contraste de actitudes entre las dos fuerzas militares de los Estados Unidos. Esto, por supuesto, no ocurría en los respectivos ministerios en Washington, los cuales adoptaron siempre una estricta neutralidad en los asuntos de la frontera mexicana.

Porfirio Díaz acabó de quitarse la máscara hacia el 20 de

marzo; cruzó el río y se proclamó “comandante en jefe del Ejército Constitucional para la Defensa de las Libertades de México”; al día siguiente, en Palo Blanco, al Sur de Matamoros, hizo público el Plan de Palo Blanco, que en cierta forma modificaba el Plan de Tuxtepec.⁴⁵ El comandante Johnson calculaba que las fuerzas de Díaz serían de 400 a 500 hombres, “insuficientemente armados y sin mucha organización”, pero añadía que, aunque la fuerza era pequeña, no resultaba inferior a las que el gobierno había reunido para resistir su ataque; solicitaba instrucciones del Secretario de la Marina diciendo que, por escasa que fuera la ayuda que el *Río Bravo* proporcionara a las autoridades mexicanas, podría ser de importancia. El cónsul Wilson calculaba en un millar de hombres las fuerzas de Díaz, e informó al Departamento de Estado que el general De la Barra trataba de organizar una guardia nacional para la defensa de Matamoros. Como esto requería dinero, De la Barra había pedido a los comerciantes de la ciudad unos 15,000 a 20,000 pesos como anticipos sobre derechos de importación. Asimismo, Wilson expresaba su confianza de que el Departamento de Estado aprobaría la entrega que Johnson hizo de la pólvora, diciendo:

En vista de las relaciones que existen entre los Estados Unidos y el gobierno general de México, y de que en su mayor parte los revolucionarios son partidarios del general Cortina, que tantas dificultades han causado a los dos países en esta frontera, confío en que se aprobará mi acción y la del teniente comandante Johnson.⁴⁶

En los momentos en que los revolucionarios amenazaban Matamoros, el representante de la Marina, comandante Johnson, y el del Ejército, coronel Potter, tuvieron una entrevista en la que Johnson dio noticia del asunto de la pólvora y, además, le dijo a Potter que, si se lo pedían, haría desembarcar fuerzas del *Río Bravo* para ayudar al gobierno; Potter respondió con gran énfasis que él creía que las fuerzas de los Estados Unidos no tenían nada que hacer en la revolución de México, “a menos que las operaciones se extiendan a este lado”. En una carta personal al general Ord, Potter comentaba, después de relatar la entrevista: “Aquí entre nosotros, creo que el ami-

go Wilson está metiendo su cuchara". También le notificaba a Ord haber recibido sus instrucciones de que por ningún motivo obstaculizara la acción de las fuerzas navales de la zona, y se quejaba con cierto enfado, diciendo que él suponía que Johnson estaba bajo el mando de Ord. Es interesante señalar que el Departamento de Guerra remitió al de Estado este informe en que Potter decía su opinión sobre el cónsul de Matamoros.⁴⁷

Al general Ord le pareció bastante grave que Johnson hubiera prestado la pólvora, e hizo saber al Departamento de Guerra que, en su opinión, cuando el Ejército y la Marina se hallaran en un mismo lugar, deberían guiarse por las mismas órdenes. A esto replicó el Secretario de Guerra que no quería inmiscuirse en los asuntos del Departamento de Marina, y dio a Ord instrucciones de no intervenir "sin informar a este Departamento tan pronto como sea posible".⁴⁸

En Matamoros la situación era cada vez peor. El 30 de marzo el general De la Barra declaró a la ciudad en estado de sitio y prohibió el paso del chalán que comunicaba con Brownsville. Citó a los seis comerciantes extranjeros de la ciudad, cuatro de los cuales eran ciudadanos norteamericanos, para que fueran a verlo en la aduana. Allí exigió que cada uno contribuyera con 1,500 pesos; como todos se negaron a entregar esa suma, quedaron detenidos hasta cerca de la media noche, aunque finalmente se les permitió regresar a sus casas. Un ciudadano norteamericano, Lustendal, no asistió a la cita y fue arrestado por el general Toledo, subcomandante de la ciudad, y conducido a las fortificaciones llamadas "Puertas Verdes".

El cónsul Wilson se puso en movimiento. Telegrafió al Departamento de Estado pidiendo permiso de usar el *Rio Bravo* y las tropas de Fort Brown para obligar a que soltaran al preso. En seguida buscó afanosamente a De la Barra, que ignoraba la acción del general Toledo, y logró que Lustendal fuera puesto en libertad. A su vez, el Departamento de Estado actuó con rapidez, haciendo que el Departamento de Marina girara órdenes al comandante Johnson "para obrar de acuerdo

con el cónsul americano a fin de proteger la vida y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos". Al enviar este despacho a Wilson, el Departamento de Estado añadía que se había recibido una petición para que el cónsul norteamericano hiciera valer sus buenos oficios en favor de los ciudadanos ingleses, franceses y alemanes que vivían en la región. Cuando el *Río Bravo* recibió las órdenes del Departamento de Marina, enfiló hacia el lado mexicano y ancló en Matamoros. Al hacer esta maniobra, el *Río Bravo* estuvo a punto de chocar con el barco *Leo* a la altura de Fort Brown. Johnson pidió a Potter que mandara quitar de allí al *Leo*, pero su petición recibió una lacónica negativa. Potter se quejó ante Ord de que Johnson desobedecía sistemáticamente sus órdenes y que, por lo tanto, no permitiría que el *Río Bravo* o sus botes tocaran tierra dentro de los límites de la guarnición.

Anclado el *Río Bravo* en aguas mexicanas, Johnson y Wilson llamaron a De la Barra y le hicieron reclamaciones por el tratamiento dado a Lustendal. Se citó al general Toledo y a su ayudante, y finalmente la responsabilidad recayó sobre el ayudante, que fue destituido, aunque Wilson y Johnson tenían la seguridad de que la culpa había sido de Toledo. Durante los meses siguientes, que fueron muy penosos para la ciudad, el *Río Bravo* permaneció anclado en Matamoros.⁴⁹

El 2 de abril de 1876, aniversario de la toma de Puebla, consiguió Díaz el mayor de sus triunfos en la frontera Norte durante la revuelta de Tuxtepec. En las primeras horas de ese día Porfirio ordenó que sus fuerzas marcharan sobre las fortificaciones de Matamoros. Al acercarse Díaz, la guardia nacional, que De la Barra había organizado apresuradamente para defender la ciudad, se negó a obedecer a sus oficiales, depuso las armas y se unió a los insurgentes. De la Barra trató en vano de reunir a sus hombres y se retiró, con los pocos leales que le quedaron, hacia uno de los fuertes que protegían la ciudad, donde recibió una repentina andanada. Después de esto, De la Barra renunció a toda defensa y escapó por el río hacia Brownsville. El único cuerpo de ejército que permaneció leal al presidente Lerdo y al gobierno central fue-

ron las pocas tropas regulares que mandaba el coronel Cristo; éstas se sostuvieron, sin rendirse, hasta una hora después de que Díaz ocupó el resto de la ciudad. El general Toledo, con sus oficiales y sus soldados, se pronunció en favor de Díaz.

En seguida Porfirio se dio a organizar la ciudad, y todo quedó en calma tras la lucha inicial. Como Díaz había lanzado su ataque sin pedir de antemano la rendición de la plaza, los extranjeros y los vecinos no tuvieron tiempo de escapar. Dada la facilidad con que fue tomada Matamoros y en vista de que, según informó Wilson al Departamento de Estado, "la presencia del cañonero *Rio Bravo*... contribuyó grandemente a conservar el orden y mantener un absoluto respeto a los derechos de los extranjeros residentes durante el conflicto", no se supo de ningún daño contra los extranjeros o los habitantes pacíficos. La mayoría de los funcionarios del gobierno mexicano escaparon por el río, con permiso de Díaz, tras refugiarse transitoriamente en el consulado norteamericano. Wilson en persona acompañó a la señora de De la Barra y a sus hijos hacia suelo norteamericano, después de guardar sus muebles en el consulado.⁵⁰

La presencia de los funcionarios mexicanos en terreno norteamericano causó algunos dolores de cabeza al coronel Potter. Tres oficiales y quince soldados fueron arrestados, despojados de sus armas y puestos luego en libertad. Potter aseguró a Ord que pensaba tratarlos como a particulares, y que si querían volver a cruzar el río para unirse a Díaz, como algunos hicieron, él no se lo impediría.⁵¹ El general De la Barra pudo usar el telégrafo militar de los Estados Unidos para anunciar a la ciudad de México su presencia en Brownsville; a continuación pidió a un sargento del Cuerpo de Señales permiso de poner un operador suyo en la oficina telegráfica privada de Roma, Texas, ofreciendo pagar por ese privilegio. Se suscitó así una cuestión que fue a dar hasta la Secretaría de Guerra. De la Barra argüía que a Díaz se le permitía usar la línea para transmitir sus mensajes y exigía el mismo trato. El sargento informó a Potter, y éste negó el permiso y ordenó en seguida que se vigilara la línea, en prevención de que los

seguidores de De la Barra cortaran el alambre en su afán de interceptar los mensajes de Díaz.⁵² Cuando el general Ord turnó esta información al general Sheridan, hizo un comentario interesante sobre el papel que, en cuanto comandante general de las tropas de Texas, se sentía obligado a desempeñar en la revolución de México:

La línea de conducta que me ha parecido acorde con el deseo del gobierno, en relación con los partidos contendientes del lado mexicano del río Grande, es de una estricta neutralidad, sin favorecer a unos ni a otros, y proteger hasta donde sea posible a los ciudadanos americanos contra los daños que pudieran causarles los dos partidos. Ocasionalmente hay oportunidad de favorecer los intereses gobiernistas de México; me inclino a creer que el deseo del gobierno es que las autoridades militares de esta zona procedan así, y, en tal caso, me gustaría que se dijera o insinuara eso.⁵³

El general Sheridan añadió este comentario:

Los oficiales que prestan servicio en Texas no debieran (y creo que así opinan ellos mismos) tomar partido por ninguno de los bandos mexicanos en pugna, sino, por el contrario, observar una estricta neutralidad.⁵⁴

El Secretario de Guerra y el general Sherman, jefe del Cuerpo de Señales, estuvieron de acuerdo con el general Sheridan.

Seguro por el momento en Matamoros, Porfirio Díaz trató de dar a su gobierno un cariz de legalidad. El mismo día se comunicó con el cónsul americano informándole que había tomado la ciudad y que estaba dando los pasos necesarios "para la seguridad de las personas y de los intereses de los vecinos". Más tarde dijo que estaba reorganizando la administración pública, con objeto de que los negocios volvieran a la normalidad y muy pronto los ciudadanos y los extranjeros pudieran gozar otra vez de la tranquilidad a que daban derecho las leyes nacionales y los tratados de amistad entre México y las potencias extranjeras. Wilson apenas contestó con un laconico acuse de recibo.⁵⁵

El 12 de abril anunció Díaz que había asumido todos los

poderes presidenciales y procedió a hacer nombramientos federales en la zona ocupada por sus tropas. Wilson informó que Díaz había escogido a los funcionarios de entre los seguidores de Cortina y que, "en realidad, el general Díaz debe su éxito en esta frontera a los partidarios de Cortina, y está en sus manos por completo, pues ni un solo día hubiera podido sostenerse sin el apoyo de aquéllos". En Matamoros no se produjeron violencias, pero persistía la atmósfera de inseguridad, y los negocios se hallaban por los suelos. En dos ocasiones convocó Díaz a los comerciantes con el fin de aumentar los fondos de la revuelta, pero no despertó entusiasmo ni logró apoyo. A Wilson le parecía que Díaz estaba tan urgido de dinero que tendría que echar mano de un préstamo forzoso. Porfirio había hecho saber a los comerciantes que sin dinero no podría garantizar la paz en Matamoros. Por su parte, el comandante Johnson advirtió a los comerciantes extranjeros que, si alguno contribuía voluntariamente a los fondos de guerra de Díaz, no podría en modo alguno pedir su protección.⁵⁶

Díaz no sólo trataba de organizar su gobierno y aumentar sus caudales, sino que concertaba también el envío de armas para sus fuerzas desde el lado norteamericano. El 15 de abril pasaron a plena luz armas y municiones de Brownsville a Matamoros, y aunque Wilson hizo saber a Potter que todas las armas que llegaban a las líneas porfiristas eran confiscadas inmediatamente por Díaz, el comandante de Fort Brown no quiso impedir los envíos. Pocos días después, los funcionarios mexicanos que se hallaban en exilio dijeron al comandante Johnson que una gran cantidad de armas y municiones, entre ellas cuatro cañones, habían llegado a Brownsville y estaban a punto de ser llevadas furtivamente al otro lado del río, en vista de que los funcionarios aduanales de los Estados Unidos no habían querido permitir su exportación.

Johnson ordenó inmediatamente que su lancha de vapor patrullara el río entre Matamoros y Brownsville, y luego se mostró satisfecho de haber evitado que las armas llegaran a manos de Díaz.⁵⁷ Una vez más, el Ejército parecía ayudar a

Díaz, al paso que la Marina dirigía sus esfuerzos en favor de los lerdistas.

Mientras Díaz trataba de consolidar su posición para resistir el contraataque que preparaban las fuerzas lerdistas, el teatro de los sucesos se desplazó momentáneamente hacia Nuevo Laredo, donde se produjo un incidente que estuvo a punto de hacer intervenir activamente en la revolución a los Estados Unidos. El 27 de marzo, con una fuerza de 500 hombres, el coronel Ordóñez había arrebatado Nuevo Laredo a los revolucionarios; después de ello, el grueso de las tropas se retiró de la ciudad, dejando sólo una pequeña guarnición; al ver eso, los porfiristas atacaron una vez más el 10 de abril, y dos días después tomaban la plaza. En el furioso tiroteo resultaron heridos un hombre y dos mujeres del lado norteamericano. El mayor Merrian, comandante de Fort McIntosh, creyó que los tiros habían sido intencionales e informó al comandante federal de Nuevo Laredo que no toleraría más disparos a través del río. Para dar fuerza a su reclamación puso un cañón en posición de tiro, y no tardaron en llegar disparos provenientes del lado mexicano. El teniente Saxton, encargado del cañón, pidió órdenes a Merrian, y cuando se le dijo que sus instrucciones eran bastante claras, ordenó disparar sobre Nuevo Laredo; la granada estalló por encima de las cabezas de los federales. Luego vino un segundo disparo, con bala sólida, hacia la ciudad y en seguida una tercera y una cuarta granadas "dirigidas hacia la posición de Quintano".⁵⁸ La expectación subió de punto entre los soldados de los Estados Unidos cuando se supo que se había impuesto un préstamo forzoso a los comerciantes extranjeros de Nuevo Laredo, con amenazas contra sus vidas y propiedades si no obedecían de inmediato.

Una vez más se suscitó la grave cuestión: ¿hasta dónde debían llegar los Estados Unidos para proteger a sus ciudadanos residentes en suelo mexicano contra los daños y perjuicios causados por la revolución? Esto dio lugar a muchos comentarios interesantes en los distintos conductos militares.

Al comunicarle a Ord lo del préstamo forzoso, Merrian

dijo que sus fuerzas estaban listas para ayudar al agente comercial de los Estados Unidos en Nuevo Laredo y para proteger a los ciudadanos americanos; le pedía a Ord sus instrucciones y más tropas. El general Ord contestó:

Usted permanecerá estrictamente neutral respecto a todo lo que acontezca en México y no llevará fuerzas al otro lado del río, a menos que se le ordene. No es posible darle más fuerzas. Los bandos contendientes de México hacen tal cosa con pleno conocimiento de que es costumbre invariable del país imponer préstamos forzosos cuando hay revoluciones, y tenemos tan poco derecho de enviar tropas a Nuevo Laredo como a la ciudad de México en esta misión protectora.⁵⁹

Aunque el general Sheridan estuvo de acuerdo con Ord y añadió que, en su opinión, el asunto de Nuevo Laredo no tenía importancia, sus superiores tomaron mucho más en serio la cosa en Washington, tal vez porque el cónsul Wilson había teleografiado al Departamento de Estado exigiendo que "las autoridades militares de la frontera texana cooperen con los funcionarios consulares para evitar que los ciudadanos de los Estados Unidos en México sean robados por los revolucionarios, so pretexto de un empréstito".⁶⁰ Wilson no entró en acción hasta que supo que Nuevo Laredo había sido tomado el 11 de abril por las fuerzas de Díaz y que éstas, a su vez, habían impuesto un préstamo forzoso a los comerciantes extranjeros. Los cabecillas de Díaz amenazaron con abrir las tiendas de los extranjeros y vender las mercancías hasta doblar la cantidad que exigían si no se completaba inmediatamente el empréstito.

El agente comercial de los Estados Unidos en Nuevo Laredo pidió al mayor Merrian que viniera con sus tropas, pero supo que éste no podría acudir ni tenía fuerzas bajo su mando para ayudarlo, aunque pudiera. Ord apeló a Sheridan para que le enviara instrucciones más definidas, y Sheridan remitió el asunto a Washington.⁶¹ Cuando el Departamento de Estado sometió el problema a la atención del Secretario de Guerra, Taft decidió entrar en actividad. Desde Washington se enviaron órdenes para proteger a los ciudadanos norte-

americanos "contra tan ilegales ultrajes, ya que el gobierno de México es incapaz de evitarlos"; sin embargo, las órdenes instaban a obrar con cautela y expresaban la creencia de que el solo mencionar la intención de enviar fuerzas en misión protectora resultaría suficiente. Al *Rio Bravo* se le ordenó cooperar.⁶² Inmediatamente Ord cablegrafió a Merrian, comandante de Fort McIntosh, preguntándole de qué medios disponía para cruzar el río, qué fuerza sería capaz de oponer en caso necesario, y si podía proporcionar forraje para una compañía de caballería. Ord dio instrucciones de que una compañía del 8º de Caballería viniera desde Fort Duncan a auxiliar a las dos compañías de Merrian, del 24º de Caballería.

Todo esto hacía pensar en una posible ocupación de Nuevo Laredo.⁶³ Por fortuna, los Estados Unidos, que estuvieron así al borde de intervenir parcialmente en la revolución de Tuxtepec, no tuvieron que dar el paso final, esto es, llevar sus tropas a suelo mexicano. El 19 de abril, antes de que se cumpliera la amenaza del préstamo forzoso, los porfiristas abandonaron otra vez Nuevo Laredo y persiguieron río abajo a las tropas federales que se retiraban.⁶⁴

Inmediatamente después surgió en Mier una situación similar, y el agente comercial pidió la ayuda de tropas de Ringgold Barracks, pero encontró muy indiferentes a las autoridades. Cuando el Secretario de Guerra mostró la petición del agente comercial al general Sherman, el comandante general de la Armada de los Estados Unidos no dejó dudas en cuanto a su línea de conducta respecto a las actividades revolucionarias de México:

Sería muy imprudente permitir a los comandantes regionales dar "protección" a los ciudadanos americanos residentes en los pueblos que están en el lado mexicano del río Grande, como Matamoros, Mier, Laredo, etc., ya que tal cosa seguramente daría por resultado la ocupación de todo el valle y no tardaríamos en vernos metidos en un lío espantoso.

Yo entiendo que el caso de Nuevo Laredo ha sido excepcional y que el Departamento de Guerra no es el indicado para proteger contra los impuestos —legales o forzosos— que fija una facción u

otra. Si nuestros comerciantes no están seguros en el lado mexicano del río Grande, tienen ahora la oportunidad de regresar a nuestro lado y debe comunicárseles que así lo hagan, a menos que el gobierno tenga la intención de seguir respaldándolos; en este caso, los comerciantes irán corriendo de un lado a otro (y nosotros tras ellos), pidiendo todo el tiempo la protección de las fuerzas de los Estados Unidos contra esos "préstamos", que son un medio bien conocido de que todos los pronunciados se valen para cobrar impuestos extraordinarios. El somero conocimiento que tengo del carácter de los mexicanos me hace pensar que la actual revolución de Díaz será de corta duración, y muy pronto será derrotada por el general Escobedo, a quien conozco personalmente, y que no tardará en restablecerse en la frontera del río Grande el poder central de México. Yo creo que no deberíamos aumentar estas complicaciones, si ello está en nuestra mano.⁶⁵

Estos comentarios del general Sherman fueron transmitidos al Secretario de Estado por el de Guerra.⁶⁶

IV

SI LAS NOTICIAS del gobierno mexicano sobre lo que pasaba en la frontera se hubieran reducido a los informes que el embajador norteamericano en México enviaba a los Estados Unidos, el presidente Lerdo y sus hombres habrían estado ciertamente muy mal informados. Hasta el 22 de abril no escribió Foster a Washington, diciendo que Díaz había pasado de Texas a México y hablando del Plan de Palo Blanco. Respecto a la toma de Matamoros, Foster declaraba: "Éste es el logro más importante de los revolucionarios, porque les da la llave de la frontera y podrán obtener armas y abastecimientos militares del exterior." También informó que el buen éxito de Díaz en Matamoros había hecho surgir una serie de pronunciamientos en todas partes. Hacía notar asimismo que el gobierno estaba concentrando rápidamente sus fuerzas bajo las órdenes del general Escobedo, a fin de hacer frente a la amenaza del Norte.⁶⁷ El gobierno de Lerdo confiaba el éxito de su contraataque en el vencedor de Querétaro, en el hombre que había capturado a Maximiliano. Escobedo era tal vez el mejor militar de México, con la posible excepción del propio

Díaz. Lerdo procuró que se dieran a Escobedo las mejores tropas para su expedición, de tal modo que la amenaza contra su régimen recibiera un golpe violento y ejemplar. En la última semana de abril, tras congregarse sus tropas en Monterrey, Escobedo se encaminó hacia la frontera.

Al cabo de ciertos titubeos, Díaz decidió enfrentarse a las fuerzas de Escobedo saliendo de Matamoros con el grueso de sus tropas. El 25 de abril dejó al general González al mando de la ciudad, con una pequeña fuerza de 150 a 200 soldados para mantener el orden. El comandante Johnson observó personalmente la salida de Díaz y calculó sus fuerzas en unos 1,500 hombres, de los cuales sólo unos 1,000 iban bien armados. Díaz remontó el río hacia el Norte, y el 2 de mayo acampó entre Camargo y Mier. De allí envió una avanzada de unos 600 hombres en dirección de Monterrey. Más tarde comunicó Johnson que todos entendían que el plan de Escobedo era esperar, bien atrincherado en las fortificaciones de Monterrey, el ataque de los porfiristas; tal vez esto explica por qué Díaz salió de Matamoros con tan pocas fuerzas. Díaz abandonó su campamento, y tras un breve encuentro con la vanguardia de Escobedo, los revolucionarios regresaron ordenadamente a Reynosa, seguidos de cerca por las fuerzas federales. Tal como informaba Foster a Washington, la atención de todo el país se concentraba ahora en la ciudad de Matamoros, donde cada facción esperaba resultados decisivos para el futuro.⁶⁸

Díaz, cuyas gentes desertaban cada vez más a causa de la sed y la falta de provisiones, intentó entonces retirarse a Matamoros. Esto dio lugar a que los funcionarios norteamericanos de la región se prepararan para otra racha de "agravios" contra los ciudadanos extranjeros residentes en los pueblos fronterizos. El teniente coronel Devin, que había asumido el mando de Fort Brown el 30 de abril, notificó a los puestos militares fronterizos que "si alguna partida de revolucionarios atraviesa el río y comete robos y en el lugar mexicano donde se refugien con su botín no hay autoridades, estén prontos para cruzar el río y recuperar lo robado. Hay que obrar con cautela y con fuerzas suficientes".⁶⁹ También la Marina

tomó precauciones. Johnson, temiendo que el regreso de Díaz dejara a Matamoros "a merced del peor elemento de esta frontera, que llegará muerto de hambre y sin moral", escribió a Bradford, comandante del *USS Marion*, preguntándole si, llegado el caso, podría darle ayuda para proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos norteamericanos residentes en Matamoros.⁷⁰

Pero el caso no llegó a presentarse. Avanzando rápidamente con sus magníficas tropas, Escobedo persiguió muy de cerca a Díaz, destacando al mismo tiempo una fuerza al mando del general Revueltas, a quien ordenó avanzar sobre Matamoros lo más rápidamente posible para copar por completo a Díaz. Esta maniobra tuvo feliz éxito, y Díaz encontró cortado el camino de Matamoros por el veloz avance de Revueltas. Entonces Porfirio torció hacia el Sur, por el camino de Ciudad Victoria, y mandó decir a González que abandonara a Matamoros y se reuniera con él.

En estas circunstancias, el general González se preparó a abandonar la ciudad, obedeciendo las órdenes de Díaz. Los ciudadanos norteamericanos residentes en Matamoros oyeron decir que, para evitar que el general Revueltas atacara la población, González iba a poner extranjeros en las fortificaciones. Wilson y Johnson fueron a ver inmediatamente al general González, quien les aseguró que protegería a los extranjeros contra cualquier daño o agravio.⁷¹ Mientras tanto, la fuerza principal de Escobedo había llegado a las márgenes del Bravo, donde escaseó el forraje. Escobedo envió al comandante de Ringgold Barracks una nota en que le pedía prestadas 16,000 libras de heno, prometiendo devolverlas tan pronto como fuera posible. La petición fue negada. El 16 de mayo Escobedo llegó a Reynosa, y ese mismo día se divisaron, desde las torres de Matamoros, unas nubes de polvo que anunciaban el rápido avance del general Revueltas. González trató de obligar a todos los mexicanos hábiles a que tomaran las armas y defendieran la ciudad, pero cientos de ellos huyeron por el río hacia Brownsville.⁷²

En la noche del 17 de mayo, las tropas porfiristas comen-

zaron a evacuar Matamoros. El general González, que permaneció en su puesto con la retaguardia hasta la mañana siguiente, mandó decir al cónsul alemán Evermann y a Wilson que deseaba dejar en sus manos la seguridad de la ciudad. Cuando González salió con sus hombres de Matamoros, no quedó en la población ninguna autoridad mexicana. Los cónsules alemán y norteamericano convinieron en que la única manera posible de resolver el problema era pedir al comandante Johnson que desembarcara marineros del *Rio Bravo*, anclado a la sazón en la margen mexicana. Wilson hizo que el cónsul alemán escribiera una solicitud oficial en tal sentido. Cuando Johnson recibió la solicitud, se apresuró a desembarcar una fuerza y estableció su cuartel en el consulado de los Estados Unidos. También se puso una guardia de marinos en el chalán para vigilar la salida de multitud de refugiados que deseaban llegar a Brownsville. Wilson, por su parte, mandó una carta al coronel Devin pidiéndole que evitara el paso de las personas que pudieran causar dificultades. Devin satisfizo esta petición, y advirtió de paso que el coronel Cristo podría intentar colarse. La inmediata respuesta a la petición de Wilson constituye una de las numerosas pruebas de lo mucho que habían mejorado las relaciones de Wilson con Johnson y con las autoridades militares de Fort Brown (todo esto aconteció inmediatamente después de que Devin sustituyó a Potter en el mando del fuerte).⁷³

El desembarco de los marinos se efectuó a eso de mediodía, y poco después unos cuantos civiles mexicanos formaron una patrulla, pero entre todos apenas reunían unos cuantos fusiles y pistolas. Entonces los mexicanos pidieron a Wilson que hiciera venir 50 soldados de caballería de Fort Brown. Wilson pasó la petición a Devin, y éste contestó que, aunque tuviera a su disposición una fuerza semejante para atravesar el río si fuera necesario, no lo haría a menos que se presentara un caso verdaderamente urgente.

Durante la inquieta noche del 18 de mayo, la fuerza naval patrulló las calles, pero, como todo estaba en orden, no se enviaron más notas a Fort Brown en solicitud de refuerzos. Wilson mandó un correo al general Escobedo, que pernoctaba

en un campamento distante unos 35 kilómetros, para hacerle saber cómo estaban las cosas en Matamoros. En Brownsville, el general De la Barra había pasado el día reuniendo una fuerza de unos 300 leрдistas; al caer la tarde, para evitar dificultades con las patrullas de Devin, decidió cruzar el río unos kilómetros arriba de Brownsville y envió una nota a Wilson diciéndole que se disponía a avanzar con sus fuerzas para tomar posesión de la ciudad. Wilson mandó llamar a Johnson en seguida, y cuando ambos preparaban una respuesta adecuada para De la Barra, los leрдistas voluntarios entraron en la plaza. Pocos minutos después regresó el correo que Wilson había mandado a Escobedo trayendo un mensaje en que éste decía que había dado a De la Barra instrucciones de tomar Matamoros, y que también el general Revueltas venía a marchas forzadas desde su campamento, distante unos kilómetros. Media hora más tarde, poco después de la media noche, llegó el general Revueltas con 1,000 hombres; en la plaza central, el cónsul norteamericano y el alemán, acompañados del comandante Johnson y del general De la Barra, le hicieron entrega oficial de la ciudad. Poco después de la madrugada del 20 de mayo, Escobedo y el cuerpo principal de su fuerza federal desfilaron por las calles. Los dos destacamentos de Escobedo impresionaron muy favorablemente a las autoridades de los Estados Unidos que vieron el desfile. Johnson, refiriéndose a las tropas de Revueltas, dijo que eran "hombres bien disciplinados"; a Wilson le pareció el de Escobedo "el ejército mejor armado, equipado y disciplinado que he visto en México, y que honraría por su presentación a cualquier país"; y eso que los soldados habían tenido que emprender una marcha forzada para llegar a la población.⁷⁴

Apenas concluida la ceremonia de la entrega de la ciudad al general Escobedo, el comandante Johnson ordenó que las fuerzas navales se retiraran al *Rio Bravo*. Wilson informó a Washington que se había mantenido el buen orden en la ciudad gracias a Johnson; al mismo tiempo, el cónsul alemán agradeció oficialmente a Wilson, en nombre del gobierno imperial de Alemania, "la rapidez y buena voluntad con que

usted prestó su ayuda y cooperación para proteger los intereses de este consulado".⁷⁵ El Departamento de Estado temía que el presidente Lerdo protestara enérgicamente por el hecho de que Wilson y Johnson hubieran desembarcado fuerzas norteamericanas en suelo de México para mantener el orden en una ciudad mexicana; el Departamento le explicó a Foster que el hecho le había parecido al gobierno de los Estados Unidos "tan evidentemente necesario y justo, que se espera que el gobierno mexicano no lo desapruébe...". El Secretario de Relaciones Exteriores consultó el asunto con el presidente Lerdo, y la respuesta —comunicada por él a Foster— fue que había sido tan arbitraria la conducta del cabecilla rebelde al no permitir que los ciudadanos mexicanos y los extranjeros residentes atendieran a la seguridad de la ciudad cuando abandonó la plaza, que la actitud del cónsul de los Estados Unidos no era objetable, y que a Lerdo le parecía un incidente a todas luces excepcional y único.⁷⁶

El general González se retiró con sus fuerzas hacia el camino de Ciudad Victoria para unirse a Díaz, que se retiraba hacia el Sur con el resto de sus tropas. El general Fuero salió mientras tanto de Monterrey y las dos fuerzas trabaron combate en Icamole, donde los porfiristas fueron derrotados. Con el ánimo abatido por este revés, que los porfiristas presentaron siempre como victoria, Díaz decidió abandonar el mando personal de sus tropas en la campaña del Norte y reunirse con sus partidarios del Sur. Después de esto, Porfirio encontró modo de colarse a través de la frontera; se embarcó luego en Nueva Orleans y al fin desembarcó en Veracruz.⁷⁷ González se metió en el monte con los que seguían fieles a la causa porfirista y se las arregló para evitar su captura hasta que pudo reaparecer con fuerzas en el momento oportuno. La siguiente vez que Porfirio Díaz visitó los Estados Unidos fue en su viaje de bodas, durante el cual estuvo en varias ciudades; en fecha posterior se reunió en El Paso con el presidente William Howard Taft, hijo del mismo secretario de Guerra que había manejado la política militar norteamericana durante los sucesos que acabamos de narrar.

V

EL RESTO ES EPÍLOGO. Después de dejar Matamoros bajo el mando del general Revueltas, Escobedo pidió y obtuvo transporte para él y su estado mayor en la lancha de vapor del *Rio Bravo*. Revueltas y Devin tuvieron varias entrevistas en las semanas siguientes y se firmaron acuerdos, satisfactorios para ambas partes, relativos a los ladrones de ganado. Por desgracia para la tranquilidad de la frontera, en los primeros días de julio Cortina escapó de su prisión en la Capital e inmediatamente se dirigió a la frontera, donde muy pronto amenazó a Matamoros con unos 700 hombres. Una vez más el cónsul de los Estados Unidos, contando con la buena voluntad del comandante de Fort Brown, pidió a Washington que le permitiera traer tropas de los Estados Unidos a México para auxiliar a las autoridades mexicanas, pero la respuesta del presidente Grant y de Cameron, su nuevo secretario de Guerra, fue que se siguiera una política de neutralidad.⁷⁸

La frontera estuvo en efervescencia durante los meses restantes de 1876, mientras Díaz reunía sus fuerzas en el Sur y marchaba contra la Capital. Era muy frecuente que, al caer algún pueblo fronterizo, los ciudadanos norteamericanos pidieran protección contra las amenazas a sus vidas y haciendas, pero las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos mantuvieron una actitud vigilante y prudente. Devin en Fort Brown, y Revueltas en Matamoros, mantuvieron siempre un estrecho y amistoso contacto.

La noticia de la rotunda victoria de Díaz contra las fuerzas del presidente Lerdo en Tecoac, el 16 de noviembre (victoria que fue tal, y no una derrota, gracias al general González, que llegó a última hora con unos 4,000 hombres), produjo grandes cambios en las condiciones de la frontera. Revueltas, que había simulado administrar la línea fronteriza en favor de Lerdo, se pronunció el 8 de enero de 1877 en favor de Díaz y, ante la consternación de las autoridades norteamericanas, recibió a Cortina con los brazos abiertos. A este fin, el 16 de enero lanzó una proclama. El 8 de febrero abandonó su puesto y huyó a

Nueva Orleans, y pocos días después el general Blanco llegó de la ciudad de México para tomar el mando de la frontera en nombre del presidente Díaz.⁷⁹ El comandante Johnson, que había trabajado tan estrechamente con los funcionarios del régimen lerdistista contra la causa porfirista, escribió al Secretario de Marina norteamericano:

Mi experiencia me ha dado el firme convencimiento de que la revolución de Díaz se organizó fraudulentamente y de que su éxito se debió a una trampa; pensando que el Departamento desea que se siga ayudando al gobierno regular y constitucional de México, ya que de esto depende el buen orden en el río Grande, me he dedicado a cultivar las más amistosas relaciones con los ex funcionarios de Matamoros. Estas relaciones de amistad son consideradas tan ofensivas por la facción que está ahora en el poder, que me parece difícil que haya ningún intercambio oficial entre nosotros.

El comandante Johnson pidió en seguida que se le relevara de su puesto, petición que fue satisfecha el 19 de mayo. Por esos mismos días, el *Rio Bravo*, que había permanecido en la orilla mexicana por más de un año, fue retirado al lado norteamericano.⁸⁰

Siendo presidente el general Díaz, y estando el gobierno de la frontera en las manos de sus hombres, las autoridades norteamericanas pudieron revisar y sopesar con más calma el papel que su país había desempeñado en los sucesos de 1876. Vale la pena mencionar dos de esos juicios. El primero es del general Devin, comandante de Fort Brown, quien, con franqueza muy militar, puso de relieve la significación de los intereses de los comerciantes norteamericanos en los trastornos de México:

Aquí es bien sabido —cosa que en general no entienden los del Este— que las revoluciones que se inician en la frontera son ayudadas y favorecidas por comerciantes que trafican tanto en México como en los Estados Unidos, los cuales hacen su agosto suministrando armas y municiones a uno y otro bando y cobrando en efectivo, o en forma de vales o del llamado “papel de aduana”, mediante un descuento más o menos grande que les permite pasar al interior de México sus mercancías con un descuento del cuarenta al sesenta por ciento sobre el arancel ordinario.⁸¹

Tal vez el juicio más cándido (y, viniendo del comandante general del ejército norteamericano, el más humilde) respecto a la actitud que los Estados Unidos deberían mantener respecto a México, dado el estado de alarma casi constante de la frontera, fue el del general Sherman. Escribió este juicio en momentos de gran efervescencia política, durante los últimos días de la campaña presidencial de los candidatos Hayes y Tilden, que resultó ser la elección más reñida de la historia de los Estados Unidos. En una carta personal al general Ord recriminaba al comandante de Texas por haber pedido el refuerzo de tres regimientos regulares y solicitado amplios poderes para pasar a territorio mexicano. Le recordaba a Ord que "ahora nuestra preocupación como soldados es tomar las cosas tales como son, asegurarnos de los hechos y mantener la paz. Debemos respetar la ley internacional y no mantener relaciones con el gobierno nacional mexicano sino a través de nuestro Departamento de Estado".

En las relaciones con nuestros vecinos, especialmente con México, debemos regirnos por la ley internacional y por una gran cortesía. El Secretario de Guerra está ausente, y la preocupación general es la elección presidencial. Recuerde usted que también nosotros somos humanos y podemos ser presa de nuevo de una guerra civil; le aseguro que no estamos como para vanagloriarnos ante nuestros vecinos los mexicanos.⁸²

¿HASTA QUÉ PUNTO se puede culpar al gobierno de los Estados Unidos y a sus representantes en la frontera por el éxito transitorio de la revolución de Porfirio Díaz en la frontera texana? Como en la mayoría de los casos, no puede expresarse un juicio categórico de "culpabilidad" o "inocencia". Es evidente que el general Ord y el coronel Potter cerraron los ojos a la verdadera situación en Brownsville, considerando a Porfirio y a sus partidarios como "ciudadanos particulares", ante cuyas adquisiciones de elementos bélicos no podía hacer nada el ejército. También puede acusarse al ejército, con toda justicia, de morosidad porque no impidió que los revolucionarios cruzaran el río, una vez que éstos se quitaron la máscara

de "ciudadanos particulares". Sin embargo, nuestro juicio condenatorio en ambos casos debe suavizarse si tenemos en cuenta que, para un funcionario de la frontera en 1876, el caso de Díaz apenas podía distinguirse de otros muchos semejantes que le habían precedido. Con la ventaja de la perspectiva histórica podemos ver en esta escaramuza particular el principio de la era porfiriana. Y hay aún otro factor atenuante. Los oficiales del ejército en Texas operaban en un medio nada propicio para la consideración serena de los hechos. Los texanos estaban furiosos por las raterías de ganado, y constantemente amenazaban con tomar el asunto por su cuenta. Es muy posible que Díaz hiciera a los texanos influyentes grandes promesas de acabar con los robos de ganado en toda la frontera y que los texanos, a su vez, instaran a los militares de Fort Brown para que se hicieran de la vista gorda ante las actividades de Díaz en Brownsville.

A los representantes de la Marina y del Departamento de Estado tampoco se les puede culpar de haber ayudado a la revuelta de Tuxtepec; si acaso son culpables, es por su desmedido afán de ayudar a las fuerzas lerdistas de la frontera para dominar la revuelta. Fueron las fuerzas navales que anclaron en aguas mexicanas las que prestaron pólvora a la guarnición lerdistista y las que patrullaron las calles de Matamoros antes de que llegara el general Escobedo. El cónsul Wilson, por su parte, empeñó su incansable actividad y su prestigio en favor de la causa del gobierno.

Por último, el gobierno central de Washington se mantuvo en una actitud estrictamente neutral, no obstante los insuficientes informes que recibía y a pesar de la caótica situación que prevalecía en la frontera, cuyo resultado era una constante exigencia de que se siguiera una política más vigorosa con respecto a México; ello hubiera conducido a una intervención directa, cuando no a la ocupación de la zona fronteriza. Sólo cuando surgió la cuestión del préstamo forzoso en Nuevo Laredo estuvo a punto de enviar sus tropas al otro lado del río. El presidente Grant, sus secretarios de Guerra, de Marina y de Estado —Taft, Robeson y Fish— y los generales Sherman

y Sheridan, estaban profundamente convencidos de que lo más importante para los intereses de los Estados Unidos en México era poner en práctica las leyes de neutralidad. Todas las órdenes enviadas al lugar de los acontecimientos comprueban este aserto. No hay duda de que al presidente Grant, a su sucesor Hayes y a sus principales consejeros les pareció que Díaz era un usurpador de la silla presidencial, dada la prolongada negativa a reconocer su gobierno. No puede acusarse a los Estados Unidos de haber ayudado a Porfirio Díaz en sus actividades de la frontera texana en 1876; las acusaciones deben recaer solamente en el pequeñísimo grupo de militares que estaban en Texas y que no cumplieron las instrucciones de mantener estrictamente las leyes de neutralidad de los Estados Unidos.

NOTAS

¹ Wilson al Subsecretario de Estado (Hunter) (23 de abril de 1872), *Matamoros Despatches*, 11, Records of the Department of State, National Archives, Washington.

² Hunter al cónsul en Monterrey (Ulrich), *Despatches to Consuls*, v. 75, 415.

³ Ord al Comandante General del Ejército de Missouri (Sheridan) (10 de septiembre de 1875), 5689 AGO 1875, Records of the War Department, National Archives. (Aunque las cartas no estén escritas siempre por los comandantes, sino por sus asistentes, citaremos siempre el nombre de los primeros.)

⁴ El teniente comandante Kells a Wilson (26 de octubre de 1875), *Miscellaneous Correspondence of the Consulate at Matamoros*, caja 22.

⁵ Wilson al secretario de Estado (Fish) (14 de octubre de 1875), *Matamoros Despatches*, 12.

⁶ Wilson a Fish (8 de noviembre de 1875), *Matamoros Despatches*, 12.

⁷ Fish a Wilson (5 de noviembre de 1875), *Despatches to Consuls*, v. 80, 233; Wilson a Fish (11 de noviembre de 1875), *Matamoros Despatches*, 12.

⁸ *Letter Book, USS Rio Bravo*; Wilson a Fish (16 de noviembre de 1875), *Matamoros Despatches*, 12.

⁹ El comandante de Fort Brown (Potter) a Ord (19 de noviembre de 1875), 5888 AGO 1875; Wilson a Fish (19 de noviembre de 1875), *Matamoros Despatches*, 12.

¹⁰ Randlett a Ord (1^o de diciembre de 1875), 665 AGO 1876.

- 11 Potter a Ord (19 de noviembre de 1875), 5888 AGO 1875.
- 12 Varios telegramas de Wilson a Fish (19, 20 y 21 de noviembre de 1875), *Matamoros Despatches*, 12; Ord a Sherman (26 de noviembre de 1875), 6026 AGO 1875.
- 13 Ord a Sherman (22 de noviembre de 1875), 6026 AGO 1875.
- 14 Remy a al Secretario de Marina (Robeson) (25 de noviembre de 1875), *Rio Bravo Letter Book*.
- 15 Wilson a Fish (1º de diciembre de 1875), *Matamoros Despatches*, 12.
- 16 *House Resolution 96*, 44º Congreso, Primera sesión.
- 17 José LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, 1921, pp. 98-100.
- 18 *Ibid.*, pp. 100-102.
- 19 *Ibid.*, p. 103.
- 20 Wilson a Hunter (8 de enero de 1876), *Matamoros Despatches*, 12.
- 21 Foster a Fish (2 de febrero de 1876), *Mexico Despatches*, 55.
- 22 Foster a Fish (3 de febrero de 1876), *Mexico Despatches*, 55.
- 23 Fish a Foster (23 de febrero de 1876), *Mexico Instructions*, 19.
- 24 Fish a Wilson (31 de enero de 1876), *Despatches to Consuls*, v. 81, 8-10.
- 25 Fish a Wilson (31 de enero de 1876), *Despatches to Consuls*, v. 81, 162; Hunter a Wilson (31 de enero de 1876), *ibid.*, 167; Johnson a Ord (17 de enero de 1876), *Rio Bravo Letter Book*.
- 26 Wilson a Fish (4 de febrero de 1876), *Matamoros Despatches*, 12.
- 27 Wilson a Fish (21 de marzo de 1876), *Matamoros Despatches*, 12.
- 28 Johnson a Robeson (4 de marzo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*.
- 29 Comunicación de Ord a Sherman (29 de febrero de 1876), 1160 AGO 1876.
- 30 Ord a Potter (28 de febrero de 1876), 1359 AGO 1876.
- 31 *Ibid.*
- 32 Potter a Ord (2 de marzo de 1876), 1236 AGO 1876. Potter cita el informe del teniente Rickey, destacado en Edinburg, Texas.
- 33 Potter a Ord (3 de marzo de 1876), 1236 AGO 1876.
- 34 "Brashead" probablemente es Brazos de Santiago, lugar de transbordo en la boca del río Bravo.
- 35 Potter a Ord (3 de marzo de 1876), 1236 AGO 1876.
- 36 Sheridan a Sherman (4 de marzo de 1876), 1240 AGO 1876; Sherman a Sheridan (4 de marzo de 1876), *ibid.*
- 37 Potter a Ord (7 de marzo de 1876), 1715 AGO 1876.
- 38 Fish a Robeson y al Secretario de Guerra (Taft) (9 de marzo de 1876), 1390 AGO 1876.
- 39 Taft a Sherman (31 de marzo de 1876), 1390 AGO 1876.
- 40 Potter a Ord (10 de marzo de 1876), 1471 AGO 1876; Potter a Ord (10 de marzo de 1876), *ibid.*

- 41 Ord a Sheridan (14 de marzo de 1876), 1493 AGO 1876.
- 42 Ord a Sheridan (15 de marzo de 1876), 1544 AGO 1876.
- 43 Ord a Sheridan (20 de marzo de 1876), 1652 AGO 1876; Ord a Sheridan (20 de marzo de 1876), 1653 AGO 1876.
- 44 Johnson a De la Barra (22 de marzo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*; Johnson a Robeson (23 de marzo de 1876), *ibid.* Esta petición fue enviada por conducto de Wilson y recibió su calurosa aprobación. Wilson a Johnson (22 de marzo de 1876), *Matamoros Despatches*, 12.
- 45 Johnson a Robeson (24 de marzo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*; Wilson a Hunter (23 de marzo de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, *op. cit.*, pp. 106-108.
- 46 Wilson a Hunter (23 de marzo de 1876), *Matamoros Despatches*, 12.
- 47 Potter a Ord (24 de marzo de 1876), 2147 AGO 1876.
- 48 Sherman a Sheridan (27 de marzo de 1876, con el endoso del jefe de la oficina del Departamento de Guerra), 1694 AGO 1876.
- 49 Wilson a Fish (31 de marzo de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Fish a Wilson (1º de abril de 1876), *Despatches to Consuls*, v. 82, 10; Wilson a Fish (1º de abril de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Johnson a Robeson (3 de abril (?) de 1876), *Rio Bravo Letter Book*; Potter a Ord (2 de abril de 1876), comunicación citada en otra de Ord a Sherman (4 de abril de 1876), 1839 AGO 1876; Lustendal a Wilson (31 de marzo de 1876), *Matamoros Miscellaneous Correspondence*, 22.
- 50 Wilson a Fish (2 de abril de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Wilson a Hunter (3 de abril de 1876), *ibid.*; Johnson a Robeson (2 de abril de 1876), *Rio Bravo Letter Book*; Potter a Ord (2 de abril de 1876), comunicación citada en otra de Ord a Sherman (4 de abril de 1876), 1839 AGO 1876.
- 51 Ord a Sherman (4 de abril de 1876), 1839 AGO 1876; Ord a Sherman (4 de abril de 1876), 1917 AGO 1876.
- 52 De la Barra a Mariscal (6 de abril de 1876), 1976 AGO 1876; el sargento Lewis a Potter (22 de abril de 1876, con el endoso de Potter), 2685 AGO 1876.
- 53 Endoso de Ord, *ibid.*
- 54 Endoso de Sheridan, *ibid.*
- 55 Díaz a Wilson (2 de abril de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Wilson a Díaz (3 de abril de 1876), *ibid.*
- 56 Wilson a Hunter (12 de abril de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Johnson a Robeson (22 de abril de 1876), *Rio Bravo Letter Book*. El despacho de Johnson está marcado con un sello que dice: "No fue enviado."
- 57 *Ibid.*; Wilson a Fish (16 de abril de 1876), *Matamoros Despatches*, 12.
- 58 Merrian a Ord (10 de abril de 1876), 2101 AGO 1876; Saxton a Merrian (15 de abril de 1876), 2740 AGO 1876.
- 59 Merrian a Ord (10 de abril de 1876) y Ord a Merrian (10 de abril

de 1876), comunicaciones citadas en otra de Ord a Sheridan (10 de abril de 1876), 1985 AGO 1876.

⁶⁰ Sheridan a Sherman (11 de abril de 1876), 1948 AGO 1876; Wilson a Fish (16 de abril de 1876), *Matamoros Despatches*, 12.

⁶¹ Sherman a Sheridan (18 de abril de 1876), 2117 AGO 1876.

⁶² El Subsecretario de Estado (Cadwalader) a Taft (18 de abril de 1876), 2229 AGO 1876; el Ayudante General del Ejército (Whipple) a Sherman (18 de abril de 1876), *ibid.*; Sherman a Ord (18 de abril de 1876), *ibid.*

⁶³ Ord a Drum (segundo de Sheridan) (19 de abril de 1876), 2177 AGO 1876.

⁶⁴ Sheridan a Sherman (21 de abril de 1876), 2164 AGO 1876.

⁶⁵ El agente comercial en Mier (Milona) a Hunter (22 de abril de 1876), 2392 AGO 1876; Wilson a Hunter (24 de abril de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Fish a Taft (26 de abril de 1876, con el endoso de Sherman), 2392 AGO 1876. (El endoso aparece escrito de la mano de Sherman).

⁶⁶ Taft a Fish (19 de mayo de 1876), *ibid.*

⁶⁷ Foster a Fish (22 de abril de 1876), *Mexico Despatches*, 56.

⁶⁸ Johnson a Robeson (2 de mayo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*; Devin a Ord (10 de mayo de 1876), comunicación citada en otra de Ord a Sheridan (10 de mayo de 1876), 2593 AGO 1876; Foster a Fish (15 de mayo de 1876), *Mexico Despatches*, 56.

⁶⁹ Comunicación citada en otra de Ord a Sheridan (10 de mayo de 1876), 2593 AGO 1876.

⁷⁰ Johnson a Robeson (9 de mayo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*; Johnson a Bradford (9 de mayo de 1876), *ibid.*

⁷¹ Johnson a Robeson (12 de mayo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*.

⁷² Ord a Drum (14 de mayo de 1876), 2684 AGO 1876; Wilson a Fish (16 de mayo de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Escobedo a Ord (17 de mayo de 1876), 3174 AGO 1876.

⁷³ Evermann a Wilson (18 de mayo de 1876), *Matamoros Miscellaneous Correspondence*, 22; Wilson a Fish (18 de mayo de 1876), 2826 AGO 1876; Wilson a Fish (20 de mayo de 1876), *ibid.*

⁷⁴ Wilson a Fish (20 de mayo de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Wilson a Devin (18 de mayo de 1876), *ibid.*; Wilson a Escobedo (19 de mayo de 1876), *ibid.*; Escobedo a Wilson (20 de mayo de 1876), *ibid.*; Johnson a Robeson (20 de mayo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*.

⁷⁵ *Ibid.*; aunque Evermann fungía como cónsul del Imperio alemán, era ciudadano de los Estados Unidos.

⁷⁶ Fish a Foster (19 de mayo de 1876), *Mexico Instructions*, 19; Foster a Arias (7 de junio de 1876), *Mexico Despatches*, 56; Arias a Foster (12 de junio de 1876), *ibid.*

⁷⁷ Véase Manuel GUTIÉRREZ ZAMORA, "El salvamento de don Porfirio

Díaz frente a la barra de Tampico", en *Historia Mexicana*, t. 5 (1955-56), pp. 62-85.

78 Johnson a Mate Fuller (30 de mayo de 1876), *Rio Bravo Letter Book*; Devin a Ord (9 de junio de 1876), 3584 AGO 1876; Wilson a Fish (6 de julio de 1876), *Matamoros Despatches*, 12; Fish a Cameron (7 de julio de 1876), 3918 AGO 1876.

79 Foster a Fish (11 de noviembre de 1876), *Mexico Despatches*, 57; Wilson a Hunter (8 de enero de 1877), *Matamoros Despatches*, 13; Johnson a Robeson (16 de enero de 1877), *Rio Bravo Letter Book*; Johnson a Robeson (20 de enero de 1877), *ibid.*; Johnson a Robeson (20 de febrero de 1877), *ibid.*

80 *Ibid.*; Day a Ammen (19 de mayo de 1877), *ibid.*

81 Devin a Ord (1º de mayo de 1877), 683 AGO 1877.

82 Sherman a Ord (2 de noviembre de 1876), 6696 AGO 1876.